

Cruces y bordes la voz de la otredad

*El inglés y el español
en contacto en los Estados Unidos*

Director

Silvia BETTI
Alma Mater Studiorum – Università di Bologna

Comité científico

Silvia BETTI
Alma Mater Studiorum – Università di Bologna

Giannina BRASCHI
Rutgers University

Yvette BÜRKI
Universität Bern

Maria Vittoria CALVI
Università degli Studi di Milano

Norma Elia CANTÚ
Trinity University San Antonio

Simona Maria COCCO
Università degli Studi di Cagliari

Francisco Moreno FERNÁNDEZ
Universidad de Alcalá

Renata ENGHELS
Universiteit Gent

Francisco LOMELÍ
University of California Santa Barbara

Ángel LÓPEZ GARCÍA-MOLINS
Universitat de València

Xabier LÓPEZ MARQUÉS
Academia Norteamericana de la Lengua Española – ANLE

Frank NUESSEL
University of Louisville

Gerardo PIÑA-ROSALES
Academia Norteamericana de la Lengua Española – ANLE

Ana ROCA
Florida International University

Antonio TORRES
Universitat de Barcelona

Giuseppe TROVATO
Università Ca' Foscari Venezia

Cruces y bordes la voz de la otredad

*El inglés y el español
en contacto en los Estados Unidos*

in)(between.

Me gusta el español vario, incorrecto, múltiple, vivo, en el que a veces me cuesta entender en la boca de los taxistas neoyorkinos, también el limpio y cadencioso de Fray Luis y Cervantes, de Borges y Paz. No me gusta el español muerto y disecado de dómines meticulosos.

— RICARDO NAVAS RUIZ (2004)

La presente serie editorial pretende tratar el encuentro entre el inglés y el español en los Estados Unidos en todas sus variantes y vertientes en un momento de su historia particularmente delicado. En este panorama global y mestizo, de particular interés es el territorio estadounidense porque las continuas migraciones de hispanos hacia el Norte han cambiado el perfil de los Estados Unidos, no solo desde el punto de vista cultural, social y económico, sino también debido al contacto entre el inglés y el español que se produce cuando esas poblaciones se encuentran. La relación entre estas dos lenguas en esa peculiar realidad se caracteriza por muchos contactos e intercambios, generando una situación de compenetración y, se podría afirmar, de mutua dependencia.

Es necesario reflexionar acerca del hecho de que la lengua no está hecha porque cambia constantemente. En general, la sustitución lingüística se produce dentro de un proceso complejo de mestizaje social, cultural y lingüístico. En este ámbito deseamos reflexionar sobre las diferentes posturas de los estudiosos, y acerca de los retos, dilemas y complejidad de la situación lingüística, cultural, literaria *hispanounidense*.

Todo esto, sin olvidar el papel del translenguar como método pedagógico, y considerando las variedades que se denominan español estadounidense general y *espanglish*, también desde un punto de vista identitario, precisamente como indicio y símbolo de la construcción de una nueva identidad *in-between*.

Por lo tanto, la serie tiene la intención de albergar estudios filológicos, lingüísticos, literarios, lexicográficos, pedagógicos que pueden ayudar a la comprensión de los diferentes aspectos que esta "íntima" relación presenta.

La serie adopta un sistema de evaluación de texto basado en la revisión por pares (revisión por pares anónimos). Los criterios de evaluación se centrarán en el rigor metodológico, la calidad científica y la singularidad de los temas propuestos.

Francisco Moreno Fernández

La lengua y el sueño de la identidad





Aracne editrice

www.aracneeditrice.it
info@aracneeditrice.it

Copyright © MMXX
Gioacchino Onorati editore S.r.l. – unipersonale

www.gioacchinoonoratieditore.it
info@gioacchinoonoratieditore.it

via Vittorio Veneto, 20
00020 Canterano (RM)
(06) 45551463

ISBN 978-88-255-3406-1

*Reservados todos los derechos internacionales de traducción,
digitalización, reproducción y transmisión de la obra en parte o
en su totalidad en cualquier medio, formato y soporte.*

*No se permiten las fotocopias
sin autorización por escrito del editor.*

I edición: septiembre 2020

A Manuel Alvar Ezquerro, in memoriam

Índice general

- 11 *Introducción*
- 15 *Capítulo I*
El fin de la historia y las políticas de identidad
- 23 *Capítulo II*
Las identidades de grupo y su dimensión lingüística
- 31 *Capítulo III*
Las ideologías lingüísticas
- 37 *Capítulo IV*
La lengua como identidad
- 45 *Capítulo V*
Las lenguas y las identidades nacionales
- 53 *Capítulo VI*
Las minorías identitarias en sus espacios lingüísticos
- 61 *Capítulo VII*
Las identidades dialectales
- 69 *Capítulo VIII*
La identidad de género
- 77 *Capítulo IX*
Normas y antinormas
- 87 *Capítulo X*
Las lenguas de la comunidad global

93 Capítulo XI
Atando cabos

97 *Bibliografía*

Introducción

Si la lengua es una seña de identidad, todos sus atributos y circunstancias pueden entenderse como valores identitarios. Las Academias de la lengua española dan fe de ello, especialmente la Española, sobre la que popularmente recae la responsabilidad de certificar o invalidar la propiedad de las palabras. En 2017, la asociación de maestros panaderos artesanos de España presentó en la sede de la Real Academia Española más de 4000 firmas que reclamaban el fin de la connotación negativa del refrán «pan con pan, comida de tontos». La petición, elevada mediante carta, fue acompañada de una barra de pan –todo un detalle– y de una no menos sabrosa y apodíctica afirmación: «Los tontos somos legión. Los que disfrutamos del sabor inconfundible del buen pan. Y seguiremos siendo tontos mientras exista el refrán que denigra a toda una profesión, a un gran producto, y a todos los amantes del pan.» [sic]

La anécdota bien podría interpretarse como una simple treta humorística para llamar la atención sobre un producto necesitado de publicidad. No faltarán aún quienes vean el intento como soberana estupidez, no por la ingesta de pan en sí, sino por pensar que las academias tienen la capacidad de acabar con las connotaciones negativas de un refrán, cuando, además, no puede decirse que el refranero sea precisamente cicatero con un producto que aparece en paremias tan benévolas como «Las penas con pan son menos» o como «Mesa sin pan es como mesa sin galán». Sin embargo, la anécdota permite un análisis más nutritivo de la realidad sociolingüística en el ámbito de las políticas de identidad.

Porque el gesto del gremio de los maestros panaderos artesanos de España pone ante nuestros ojos varios fenómenos merecedores de especulación. En primer lugar, se evidencia la autoridad reconocida a una institución como la Real Academia Española, a la que se atribuye la potestad de dar o quitar carta de naturaleza, no ya lingüística, sino social, a la lengua de la comunidad y a cada uno de los elementos que la componen. Esta atribución va más allá del reconocimiento de un organismo regulador porque refleja una visión de la lengua

en la que esta se sitúa por encima de los hablantes y las sociedades, como si tuviera existencia propia. De ahí la necesidad de disponer de intermediarios con acceso a su interpretación y manipulación. Por más que las Academias y, en general, los lingüistas digan que la lengua la construyen los hablantes, estos parecen resistirse a sus propias competencias y aptitudes.

Asimismo, el episodio panadero evidencia la dificultad que a menudo supone distinguir entre la lengua y la realidad que representa. La existencia de un refrán no supone ni garantiza la estupidez de nadie; las bondades del pan ni se arruinan cuando se dice que es «comida de tontos» ni se acrecientan cuando la etimología popular sostiene que la palabra no es más que una sigla: PAN (primer alimento natural). Por cierto: la etimología popular es reflejo de una forma de empoderamiento del saber comunitario, por muy falso que sea, como reconocen los mismos académicos que dicen que la lengua la hace la gente. En definitiva, lengua y realidad, por muy independientes que sean, están íntimamente conectadas; Wittgenstein *dixit*.

Pero aún hay más. Con su gesto, los maestros panaderos de España no solo han demostrado conciencia gremial, sino que han reclamado el reconocimiento de su identidad, con reivindicación de los tontos incluida, orgullosos de la atribución adjudicada por la paremiología y hasta de su persistencia: «los tontos somos legión y seguiremos siendo tontos.» Esta toma de conciencia identitaria no es asunto menor en las sociedades contemporáneas. Por eso se manifiesta en el lenguaje, como instrumento que vehicula la presencia social, y por eso su aprecio es creciente entre los individuos y colectivos que dan forma a las comunidades.

Las páginas que conforman este libro, amable lector/a, tienen una causa eficiente y una causa final. Su causa eficiente está en la publicación del libro *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*, de Francis Fukuyama, que aporta unas pautas interpretativas sobre el fenómeno de las identidades en la política contemporánea susceptibles de ser trasladadas al ámbito de la sociolingüística y de la sociología de la lengua. El aluvión de títulos publicados en torno a los populismos en los últimos años ha sido sencillamente desbordante, pero los trabajos de Fukuyama merecen especial atención, por lo que han supuesto para el pensamiento político contemporáneo. Al menos, así me lo parece.

En cuanto a la causa final, la verdad es que no se aleja mucho de la que ha guiado otros textos míos. Mi interés está en reflexionar sobre

el modo en que la lengua se desarrolla en sociedad, sobre su evolución y sus cambios, sobre su adaptación a las nuevas realidades sociales. Como sociolingüista, no puedo ser ajeno a las interacciones entre las lenguas y sus hablantes, a las maneras en que estas reflejan la realidad y en que los hablantes las manejan o manipulan. Y utilizo dos verbos diferentes, *manejar* y *manipular*, para marcar las diferencias entre ‘operar con las manos’, sin más, e intervenir con fines interesados o arteros. La mano humana está presente en ambos vocablos, pero su intención no es exactamente la misma.

En lo que se refiere al contenido de este libro, comienza con una presentación de las ideas fundamentales de Francis Fukuyama sobre las políticas de identidad y su reivindicación en las sociedades contemporáneas. Algunos de los conceptos que han demostrado su validez para los campos de la politología, la sociología o la historia también la demuestran en el espacio de la sociología de las lenguas. Por ello merece la pena presentarlos adecuadamente, con el fin de que su posterior análisis y aplicación resulten pertinentes y adecuados. Asimismo, resulta imprescindible explicar qué argumentos se han manejado desde la lingüística para dar cuenta de las identidades y de otras nociones afines, como la de ‘ideología’.

Una vez dibujado el fondo conceptual, nos adentraremos en el terreno de las nuevas identidades y sus proyecciones políticas, especialmente en los populismos. Se partirá de las identidades nacionales –las tradicionales y las nacionalpopulistas–, para después concentrar el interés en identidades más particulares y en las ideologías que las respaldan. Este análisis dejará el paso expedito para el tratamiento de las minorías identitarias en los espacios lingüísticos o de las identidades que nacen de usos lingüísticos específicos. Esas identidades surgen en los espacios idiomáticos, ciertamente, pero también en agrupaciones sociales horizontales, verticales y transversales, entre las que destacan las vinculadas a cuestiones de sexo y de género.

En cuanto a los populismos, hablaremos de populismos de izquierdas y populismos de derechas, en un plural comprensivo, pues ambos pueden presentarse en versiones más o menos moderadas o radicales. Los populismos de izquierdas se asocian a la reivindicación de identidades minoritarias y territoriales, si bien estas últimas pueden ser de dimensiones variadas e incluir desde la identidad venezolana a la frisona. Los populismos de derechas o nacionalpopulismos suelen asociarse a la reivindicación de identidades

mayoritarias, también territoriales, sobre todo cuando estas tienen el rango convencional de Estado nación.

Elevando la mirada, contemplaremos cómo las cuestiones de identidad afectan a las sociedades transnacionales, donde se aprecia el juego de la globalidad y la localidad como en ningún otro ámbito. En cuanto a la dinámica sociolingüística, trataremos el conflicto que enfrenta a las políticas normativas con las tendencias que las rechazan. En cualquier caso, la lengua merecerá una atención morosa en relación con la globalización, ya que ocupa espacios capitales cuando lo multinacional se pone en contraste con los nuevos populismos.

En definitiva, este libro es un intento de interpretar las demandas de reconocimiento social y de igualdad en la dignidad que están protagonizando los hablantes de lenguas y variedades muy diversas, así como sus consecuencias políticas, entre las que se incluyen acciones de resentimiento. El terreno de juego es amplio; los actores, muchos y con necesidad de llamar la atención. Identidades, políticas, sentimientos, lenguas: esta es nuestra harina y la amasaremos lo mejor que sepamos: «Da vino por vino y pan por pan, y todos te entenderán».

El fin de la historia y las políticas de identidad

Francis Fukuyama, politólogo nacido en Chicago, saltó a la fama internacional en 1989 con un ensayo titulado «¿El fin de la historia?», ampliado más tarde en su libro *El fin de la historia y el último hombre*. El concepto expresado en ambos títulos recuperaba la fórmula de Hegel y Marx para designar una época que ya no parece capaz de producir formas sociales originales: estaríamos ante el auténtico final de la historia. Un siglo después, la recuperación de tal concepto ha supuesto un aldabonazo para el análisis político internacional. En realidad, da la impresión de que, tras la exitosa publicación y distribución de sus trabajos más celebrados, Fukuyama estaba buscando la excusa adecuada para salir a la palestra con un nuevo libro en el que refutar las críticas recibidas y matizar algunas de sus ideas. Ese libro, aparecido en 2018, se tituló *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento*.

La tesis básica del fin de la historia sostenía que el devenir de la política y de las instituciones está encaminado a la consecución de un Estado democrático liberal que, asentado en los Estados Unidos, se ha abierto camino en espacios tan poco liberales como China o el antiguo bloque comunista, alcanzándose de este modo el final de un largo proceso, especialmente entre 1970 y 2000, tras la llamada ‘tercera ola de democratización’. Las críticas a Fukuyama no se hicieron esperar: ¿cómo interpretar, entonces, la guerra de los Balcanes en los noventa, el desastre del 11 de septiembre de 2001, la crisis financiera mundial de 2008 o la irrupción del llamado *nacionalpopulismo*? Las explicaciones de Fukuyama apuntan a una interpretación de la historia como progresividad hegeliana y a un concepto de ‘fin’ entendido no como ‘término’, sino como ‘meta’ u ‘objetivo’.

Sin embargo, las reflexiones sobre el fin de la historia van más allá de los matices y las refutaciones. Las tesis que Fukuyama maneja en su libro de 2018 se sustentan en la noción denominada en griego *τυμός*

(*thymós*), que estrictamente significa ‘alma’ o ‘espíritu’, como sede de la emoción, el sentimiento y el pensamiento. Esta forma de identificar el alma contrasta o se complementa con la ψυχή (*psyché*), que, aun con el mismo significado básico, ‘alma’, se refiere a una forma diferenciada de entenderla: la *psyché* sería el alma como espíritu de la persona, capaz de sobrevivirla tras su muerte; el alma en su dimensión más estable; el *thymós*, por su parte, sería el alma como fuerza espiritual y emocional, la que otorga vida al cuerpo y, por tanto, desaparece con su muerte, la que se moldea y valida ‘socialmente’.

A partir del principio de que las teorías políticas suelen construirse sobre teorías del comportamiento humano, Fukuyama pone toda su atención en el concepto de *thymós* y en la interpretación que plasma Platón en *La República*. Sin entrar en el desarrollo de una auténtica filosofía de la historia, Platón establece un paralelismo entre la evolución del individuo y la evolución de la sociedad, y sostiene que el predominio de cada una de las partes del alma se corresponde con el predominio de un determinado grupo social. El alma ofrece una cara calculadora, buscadora de un maximizador racional, junto a una cara de deseo, expresión de las más íntimas preferencias individuales. Junto a estas dos caras, razón y deseo, el *thymós* representa la ambición y la dignidad, la que corresponde a la clase de los guerreros y guardianes. De este modo, una ‘timocracia’ sería un gobierno de los guardianes basado en la ambición. Sócrates sugiere que los ‘timóticos’ guardianes suelen mostrarse enfadados y los compara con perros, feroces con los extraños y fieles con los amos. La ira y el orgullo, en lugar de la razón y el deseo, los motiva a correr los riesgos que asumen por la única recompensa del reconocimiento.

Efectivamente, el concepto clásico de *thymós* se liga con claridad a la noción de ‘reconocimiento’ que, a su vez, está en la base de los juicios de valor y de las políticas de identidad contemporáneas. Desde luego, la evolución de esa noción no ha dado un salto estratosférico desde la Antigüedad hasta el actual mundo globalizado, sino que ha ido matizándose a lo largo de la historia del pensamiento, siguiendo el principio de que las teorías establecen relaciones causales entre los hechos y los entornos que las rodean. Por seguir el itinerario histórico que propone Fukuyama, recordaremos que la doctrina religiosa de Martín Lutero vino a valorar al individuo como sujeto creyente, situándolo por encima de las estructuras sociales dominantes y, sobre todo, por encima de las interpretaciones de la jerarquía eclesiástica. Esta actitud se apreció en las famosas 95 tesis

reformistas, pero también en otros aspectos menos emblemáticos. Así, en el proceso de traducción de la Biblia al alemán, Lutero hizo un esfuerzo por conocer y usar la lengua popular y coloquial, de modo que el sagrado texto pudiera ser accesible para cada creyente, sin necesidad de las exégesis oficiales del clero.

La naturaleza del individuo, como sujeto social, es otro de los asuntos de calado que han preocupado a lo largo de la historia y que repercuten sobre el trato que las personas reciben por parte de sus semejantes. Hobbes hizo suya la fórmula latina *homo homini lupus*, que proclamaba la maldad intrínseca del ser humano o, al menos, su responsabilidad primaria en el mal. Esta ‘maldad’ también se ha revelado en concepciones más modernas, como la de Edward Wilson en relación con el deterioro del medio ambiente, responsabilidad directa de los humanos. El contrapunto se encuentra en la filosofía de Rousseau y su ‘buen salvaje’, donde el individuo exhibe una natural bondad solo alterada por el deseo de adquirir propiedades. Este anhelo se transmuta en un sentimiento de orgullo y en necesidad de reconocimiento social. Por este motivo, el contrato social se revela como solución política por la que los ciudadanos regresan a un estado de armonía natural. Rousseau está ofreciendo una disyunción entre un yo interior y una realidad externa, la sociedad, que exige la conformidad con sus reglas, de ahí la importancia de contar con el reconocimiento social para la valoración de la persona.

A partir de todo ello, Fukuyama sostiene que el sentido interiorizado de la dignidad humana conduce a la búsqueda de reconocimiento y que la autoestima surge de la estima de los demás. Este sería el fundamento nocional sobre el que se construye el ideario de las políticas de igualdad que caracterizan al mundo occidental contemporáneo, una vez traspasado el umbral del ‘fin de la historia’. Aquí, el pensamiento de Hegel vuelve a ser fundamental para Fukuyama: el principal impulsor de la historia humana es la lucha por el reconocimiento y el deseo de reconocimiento, la fuerza clave para comprender la construcción del mundo moderno. Ya no estamos ante un panorama de enfrentamiento ideológico ni ante un espacio utópico derivado del fin de la Guerra Fría. Estamos ante un escenario político de reivindicación de identidades sobre el fondo de una economía de libre mercado, como queda de manifiesto en la Revolución de los Paraguas de Hong Kong, iniciada en 2014 y continuada hasta la actualidad, por la que se reclama el reconocimiento de la particularidad hongkonesa.

Como se ha apuntado, las teorías políticas tienen como fundamento la naturaleza humana. De ahí que las teorías de la elección y la utilidad racional, aun basándose en el individuo como unidad de cuenta a la hora de conformar la función de utilidad, no puedan limitarse a la búsqueda de riqueza como sentido de la racionalidad. La gente, en la práctica, no es racional (o no lo es siempre), ya que a menudo responde a motivaciones internas, como el deseo de reconocimiento, o elige conductas predeterminadas o marcadas por su red o grupo social, que le ahorran la reflexión constante o particular sobre cuestiones complejas. Por eso la dualidad entre lo personal y lo social, lo propio y lo dado, la naturaleza y la educación, la libertad individual y la constricción social, el yo interior y el yo exterior, toda esa incruenta lucha, sigue estando muy viva.

Por otro lado, la historia nos muestra cómo, en muchas culturas, la dignidad es una cualidad que se atribuye solo a cierto tipo de personas. Valga como ejemplo el caso ya mencionado de los ‘guardianes’ en las sociedades antiguas, el grupo más ‘digno’ de su sociedad. Este reconocimiento de la dignidad de los ‘cuerpos militares’ – guerreros y guardianes– se ha prolongado al menos hasta el siglo XIX en Occidente, cuando todavía era habitual erigir estatuas públicas y dedicar plazas y avenidas a los militares de mayor renombre, junto a los héroes de las respectivas y sucesivas independencias. La ciudad de Madrid es un claro ejemplo de ello (Espartero, Narváez, Prim, O’Donnell, Serrano. . .). Otra vez el reconocimiento se concede a eminentes figuras del pensamiento, las humanidades o las ciencias, como se aprecia en las calles de Bolonia: Santo Tomás de Aquino, Galileo Galilei, el pintor Guercino, el físico Luigi Galvani. . .

Aunque invisibles para muchos, todos los razonamientos aquí expuestos en relación con el alma, el individuo y el reconocimiento social tienen una dimensión psicológica y una dimensión lingüística, discursiva o comunicativa. En cuanto a la primera, Henri Tajfel ya formuló en los setenta una ‘teoría de la identidad social’ que explicaba que los individuos necesitan una identidad positiva, así como pertenecer a grupos socialmente valorados; esto es, una identidad social ‘satisfactoria’. En cuanto a la dimensión lingüística, antes se mencionaba la importancia del uso ‘popular’ de la lengua alemana para el pleno desarrollo de la dimensión religiosa de la persona, según Lutero. Pero esto es una simple anécdota comparado con la intensidad y la recurrencia con que el lenguaje se muestra como factor decisivo, coadyuvante o afectado en el desarrollo político y

económico de las sociedades. Por eso resulta curioso que los análisis políticos contemporáneos sigan ignorando la trascendencia del lenguaje o lo vean como un simple componente anecdótico.

A este respecto, no puede negarse que muchas figuras de la literatura y de la gramática sí han recibido reconocimiento social y público, especialmente los considerados como ‘padres’ de las letras de cada cultura (Elio Antonio de Nebrija como gramático; Miguel de Cervantes en los países hispanohablantes; William Shakespeare en los anglófonos; Camões en los lusófonos. . .). Tampoco puede negarse que algunas lenguas han recibido un mayor reconocimiento que otras. El ejemplo más claro es el latín durante la Edad Media, aunque al inglés contemporáneo tampoco le han faltado los elogios. Y el reconocimiento también se ha dirigido en ocasiones a determinadas variedades dialectales. Por ejemplo, en el caso de España, prácticamente desde el siglo XIV hasta bien entrado el Renacimiento, el castellano de Toledo gozó de general reconocimiento como la mejor de las variedades, por ser la hablada en la sede de la Corte. Pedro de Alcocer decía, a propósito de Alfonso X, rey de Castilla:

Otrosí en estas Cortes ordenó el Rey que si dende en adelante en alguna parte de su reyno oviessen diferencia en el entendimiento de algún vocablo castellano antiguo, que recurriesen con él a esta cibdad [Toledo] como a metro de la lengua castellana, y que passasen por el entendimiento y declaración que al tal vocablo aquí se le diesse, por tener en ella nuestra lengua mas perfección que en otra parte.

A pesar de todo, el análisis de las identidades lingüísticas y de su dignidad aún muestra carencias notables. Generalmente, la dignidad de una lengua suele reconocerse en los territorios de mayor entidad histórica. En el caso del español, la potencia demográfica y económica de la España peninsular provocó el reconocimiento de su forma de hablar más prototípica (la castellana) como la de mayor dignidad y ejemplaridad. Esto fue así hasta que las repúblicas americanas, antiguas colonias y provincias de España, consolidaron su independencia. Sin embargo, rara vez se ha ido más allá en la valoración social del paisaje lingüístico hispánico, como tampoco se ha hecho para otras lenguas.

La posición central de las lenguas en relación con los planteamientos sociales, políticos y, en muchos casos, etnográficos y culturales, sigue sin ser evidente para la sociedad. Entre los años 2013 y 2018, la Universidad de Harvard intentó consolidar la acción de un ‘Comité

de etnicidad, migraciones y derechos' mediante la conformación de un itinerario de estudios que permitiera la especialización en tales ámbitos. Pues bien, en ningún momento se consideró la posibilidad de incorporar materias dedicadas a la diversidad de lenguas, probablemente por asumir tácitamente que el inglés es vehículo suficiente y natural para el análisis de cualquier etnicidad.

Frente a tendencias pretéritas, los tiempos modernos están generalizando la opinión de que las identidades particulares, incluidas las lingüísticas, son intrínsecamente valiosas, al margen del rango social exhibido, de la naturaleza de la agrupación social a la que se pertenece o de las experiencias compartidas. Esta opinión podría condensarse en la frase «mi ignorancia es tan valiosa como todos tus conocimientos.», aunque Discépolo ya lo había entrevisto en 1934, en su tango *Cambalache*, al evidenciar el relativismo social en estos versos:

Hoy resulta que es lo mismo
 ser derecho que traidor,
 Ignorante, sabio, chorro,
 generoso, estafador.
 Todo es igual... Nada es mejor...
 Lo mismo un burro
 que un gran profesor
 [...]
 Es lo mismo el que labura
 noche y día como un buey,
 que el que vive de los otros,
 que el que mata, que el que cura
 o está fuera de la ley...

En la actualidad, es general la percepción de que la sociedad suele ser injusta en su valoración de las identidades particulares, en todos los niveles; también en el plano del lenguaje. Son características individuales, dignas por lo tanto de reconocimiento social, las lenguas que se eligen, cuando hay posibilidad de elección, o las variedades que se manejan. La conducta social y lingüística es una manifestación de un 'yo' interno que se coloca frente al espejo de la sociedad. De este modo, la elección de una lengua u otra, el manejo de una variedad dialectal o de otra, consciente o inconsciente, o la actitud ante los cambios lingüísticos también reflejan formas de ser en sociedad y exigen unas políticas tolerantes, ante las que surge el resentimiento cuando la igualdad no se hace manifiesta.